

CAPÍTULO XXXV

El bonete del Nuncio.

La sastrería clerical fué industria muy socorrida y floreciente en el siglo pasado. Había muchos clérigos, y además gran cosecha de abates, gente toda que vestía con primor y coquetería. Los que á tal industria se dedicaban obtuvieron pingües ganancias, y esto fué causa de que se dedicaran á explotarla muchos menestrales de ambos sexos, educados al principio en la sastrería profana. En el presente siglo la industria en cuestión estaba muy decaída, no sabemos si porque había menos clérigos ó porque había más sastres. En el quinto piso de la casa de Tócame Roque, situada en la calle de Belén, tenían su nido dos hermanas, sastras de ropas sagradas, que habían venido muy á menos. En sus mocedades habían cosido muchos manteos y sobrepellices para los canónigos de Toledo y para los clérigos de la corte; pero en la época de nuestra historia, por razones sociales que no es oportuno consignar, sólo consagraban su misera existencia á remendar las verdinegras hopalandas de algún escolapio ó de algún teniente cura pobre y andrajoso. Hacían de peras á higos un bonete para un capellán de Palacio ó para el señor fiscal de la Rota, y nada más. Eran muy pobres, pero soportaban con paciencia la desgracia sin exhalar una queja. Sólo una de ellas decía de cuando en cuando con un suspiro, mientras revolvió los escasos trapos negros de su santa industria: «Ya no hay religión.»

No tenían otro amigo que el abate don Gil Carrascosa, que, según ha llegado á nuestra noticia, tuvo en sus tiempos ciertos dimes y diretes con una de ellas. El las visitaba, les proporcionaba algún trabajo y solía darles algún rato de tertulia, contándoles las cosas de Madrid. Pero si las de Remolinos (que así se llamaban) no tenían más que un amigo, en cambio tenían un enemigo implacable, sanguinario, feroz. Este enemigo era otra sastra, que vivía pared por medio, y que, por la natural divergencia de opiniones entre los que se dedican á una misma industria, les había declarado guerra á muerte. Para martirizarla,

además de sus improprios y apodos, tenía un gato, que creemos nacido expresamente para entrarse en el cuarto de las dos hermanas y hacer allí cuantas inconveniencias puede hacer el gato de un enemigo. Tenía además la doña Rosalía un amante *del comercio*, que la visitaba todas las noches, en compañía de una guitarra; y era este amante un sér creado de encargo por el infierno para cantar y tocar toda la noche en aquella casa y no dejar dormir á las dos sastras de ropas sagradas.

Doña Rosalía tenía más trabajo que sus vecinas las de Remolinos (ó las *Remolinas*, como generalmente las llamaban), y además hacía cuanto puede hacer una mujer envidiosa para quitarles á sus rivales el poco que tenían. Aconteció que un paje de la Nunciatura, feligrés antiguo de doña Rosalía, y muy admirador de su buen color, se atrevió á aspirar á no sabemos qué honestas confianzas: picóse la dama, picóse más el paje, y al día siguiente, al traer el bonete del Nuncio para que le echaran un zarco, en vez de dárselo á doña Rosalía se lo entregó á las dos hermanas.

Cuando doña Rosalía supo que el bonete de la Nunciatura estaba en manos de sus rivales, le pareció que había recibido la más grande ofensa: rompió relaciones con la Curia Romana, dijo mil improprios al paje, encargó á su gato ciertas sucias comisiones cerca de las dos vecinas (comisiones que el animal cumplió con gran puntualidad), se acercó á la puerta de las dos infelices, y les dijo mil cosas estupendas, que hicieron proferir á la más vieja de las dos en su lamentación acostumbrada: «Ya no hay religión.»

Pero Rosalía buscaba una venganza terrible. ¿Cómo? Mucho le asombró ver entrar al abate con un militar desconocido. La casa estaba dispuesta de tal modo, que acercándose á la puerta se oía cuanto en los cuartos inmediatos se hablaba. Todos sabemos los fines de la visita de Bozmediano á las de Remolinos. Doña Rosalía lo adivinó también, cuando, poniéndose en acecho, le vió pasar á la casa inmediata por una puerta condenada que daba al desván antiguo. Se calló y esperó. Comprendió la taimada que allí había aventura amorosa, y en esto supo hallar un medio feliz para su venganza. Vió entrar y salir á Bozmediano, y calculando que aquella entrada fraudulenta se repetiría, esperó á que se repitiera, para ir inmediatamente, y mientras el joven estuviera dentro, á la casa contigua á denunciar el hecho. El joven sería sorprendido, habría un gran escándalo, se harían averiguaciones, ella

declararía por dónde habría entrado, y cádate á las Remolinas camino de la cárcel en castigo de su complicidad en aquel delito de escalamiento y abuso de confianza.

Esperó un día, dos, tres, hasta que viendo que la escena no se repetía, resolvió en su alto criterio denunciar el hecho de una vez á la familia interesada, no sea que, retardándolo, pudiera ser puesto en duda.

Pensado y hecho. Púsose su manto, bajó, entró en casa de las Porreñas, tocó, le abrieron, y se encaró con la faz majestuosa de Maria de la Paz Jesús, que de muy mal talante le preguntó:

«¿Qué quiere usted?

—Venía á ver al amo de esta casa para decirle una cosa, —dijo Rosalía entrando.

—¡Qué irreverencia! —pensó Maria de la Paz, viéndola entrar de rondón. —Salomé, una luz.»

Anochece, y con la obscuridad no podía la dama ver claramente el rostro de la que la visitaba; Salomé trajo un quinqué á la sala, donde las dos se personaron.

«¿Qué se le ofrece á usted? —preguntó Paz, midiendo con una mirada el cuerpo de doña Rosalía.

—¿Quién es el amo de esta casa?

—Yo soy, —dijo Paz un poco alarmada con el misterio que parecía envolver aquella inesperada visita.

—Pues vengo á decirle á usted... ¿usted no sabe lo que pasa?

—¿Qué pasa? —dijo Salomé, creyendo que se hundía el techo.

—No se asuste usted, señora, porque al fin y al cabo, sabiéndolo, se puede evitar que vuelva á suceder.

—¡Por Dios, explíqueme usted, señora! —dijo Paz, en el tono de la impaciencia y la superioridad.

—Pues han de saber ustedes —dijo con misterio doña Rosalía, —que esta casa... Pues... les diré á ustedes: yo vivo en la casa de al lado en el cuarto piso, y soy sastra, con perdón de ustedes, y coso toda la ropa de casa del señor Nuncio del Papa, y la del Patriarca de las Indias; coso á todo el arzobispado de Toledo, y á veces coso á la capilla de Palacio.»

Esta relación de las altas jerarquías que servía la aguja de doña Rosalía, le dió cierta importancia á los ojos de Maria de la Paz Jesús.

«Yo vivo allá arriba y he visto... ¿Pero ustedes no han caído en ello?

—¿En qué?

—En ese hombre que ha entrado aquí.

—¿Qué hombre? ¿qué dice? —exclamaron á una las dos ruinas en el tono del que siente estallar un volcán.

—Pues yo venía á avisárselo á ustedes para que evitaran que otra vez pasara. Es el caso que en la buhardilla de la casa en que yo vivo hay una puertecilla que da á la buhardilla de esta casa.»

La cara que pusieron las Porreñas no cabe en ninguna descripción.

«Sí —continuó la sastra, —y un joven militar se metió una tarde por esa puerta de que hablo; se metió aquí... Yo me malicié, cuando le vi, que había aquí alguna jovencita.

—Pero, señora —dijo Paz, poniéndose en pie, —¿está usted segura de lo que dice? ¡Un hombre ha entrado aquí... aquí, en esta casa!

—Sí, señora: yo lo he observado. Se coló por el cuarto de unas vecinas... amigas mías. Yo lo he visto.

—¿Cuándo? —preguntó Salomé tomando aliento, porque ya el aliento le faltaba.

—El domingo por la tarde.

—¿A qué hora?

—A eso de las cinco.

—¿Cuándo estábamos en la procesión! ¡Qué escándalo! Esa niña desvergonzada... esa muchachuela... Bien me lo sospechaba yo, —dijo Paz, con las manos puestas en la cabeza y paseándose por la sala como una loca.

—¡Ay! no sirvo para estas cosas... ¡Yo me descompongo! —balbució Salomé, inclinándose sobre el sofá con muestras de experimentar un vahído.

—Pero, señoras, no se alarmen ustedes —dijo doña Rosalía, queriendo calmar á las dos damas. —¿Tienen ustedes alguna hija?

—No, señora: nosotras no tenemos ninguna hija —contestó con mucho enfado Maria de la Paz: —es una moznuela, una loca que admitimos aquí por compasión, esperando que se corrigiera; pero... ya me lo sospechaba yo. ¡Qué alhaja! ¿Ves lo que yo decía? Dios mío, ¿para qué admitimos aquí á semejante mujerzuela?

—Señora —manifestó Salomé, oprimiéndose el estómago y rehaciéndose de su vahído. —Cuenta usted, aclare usted eso. ¡Ay! Es demasiado horrible. Nosotras no estamos acostumbradas á esas cosas, y tales hechos nos confunden; yo, sobre todo, no puedo soportar...

—Pues no lo duden ustedes. El joven se coló en la casa el domingo por la tarde, y estuvo aquí como una hora. Averigüenlo ustedes y verán cómo es cierto.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
Año 1925

—Si parece increíble—dijo Paz, sentándose otra vez.—Esta casa, esta honrada casa... ¿Y cómo existe esa puerta? ¿Cómo es posible...?

—Existe de muy antiguo, sólo que estaba condenada. Si ustedes quieren verla pueden subir á la buhardilla, y examinando bien, la encontrarán.

—Pero él, ese monstruo, ¿por dónde pudo llegar?

—La tal puerta—continuó doña Rosalía,—da al cuarto de unas costureras amigas mías. Las pobrecillas no cosen más que á sacristanes y curas de aldea, y cosen mal. Ellas quieren darse tono, y dicen que cosen á la catedral de Segovia; pero es mentira. No las crean ustedes.

—Y él, ¿entró por ese cuarto?

—Sí; es un militar alto, buen mozo.

—¡Jesus, qué horror! Yo no puedo oír esto,—exclamó Salomé, estirándose, con muestras de un segundo ataque.

—Les dió dinero á esas mujeres—continuó doña Rosalía,—porque ellas están muy pobres: no ganan nada. Como lo hacen tan mal... No cosen más que al teniente cura de San Martín.

—Es preciso tomar una determinación, Paz: una determinación pronta—dijo Salomé volviendo en sí.—Porque si no, la honra de la casa está comprometida.—Señora—añadió, volviéndose á doña Rosalía,—no extrañe usted esta congoja; no estamos acostumbradas á golpes de esta clase. Nosotras, por nuestro nacimiento, nuestra educación y nuestra religiosidad, hemos estado siempre por encima de todas esas miserias. ¡Ay! nosotras hemos tenido la culpa por nuestra excesiva caridad. Figúrese usted que acogimos sin recelo á una víbora en nuestra casa, aunque teníamos malos informes de su conducta; la acogimos creyendo que se enmendaría. ¡Pero ya ve usted qué almas tan perversas! ¡Qué sociedad! ¡Qué siglo! Bien me lo figuraba yo, á pesar de lo que decía mi sobrina, que es una santa, y se empeñaba, guiada por su buen corazón, en que esa muchacha se iba á corregir. ¿Cómo puede corregirse un monstruo semejante? ¡Qué deshonra, qué vilipendio! ¡Ay! yo no sirvo para estos casos; me confundo, me descompongo y no puedo tomar ninguna determinación.

—Sí, hay que tomar una determinación—afirmó con mucho encono María de la Paz.—Si no, ¿qué va á ser de la honra de nuestra casa? Hay que poner inmediatamente á la puerta de la calle á esa mozueta, sin consultar á don Elías. El ha de aprobarlo; y sobre todo, aunque no lo apruebe, ¿Pues no se ha atrevido á decirnos esta maña

na que su sobrino se enmendará? ¡Si está una viendo unos horrores!... ¡Qué siglo, qué costumbres! ¡Hasta él...!

—Haz lo que quieras, Paz—dijo Salomé, afectando mansedumbre y cierta postración, que ella creía sentaba muy bien en su nervioso cuerpo.—Haz lo que quieras, sin reparar en lo que pueda opinar ese señor mayordomo, que él nada tiene que mandar aquí. Despide á esa muchacha; que se vaya con las de su calaña. ¡Oh! No quiero recordar lo que esta señora ha contado.»

Hasta el perro, que no ladraba; el melancólico Batilo, estaba consternado. Habíase plantado frente á doña Rosalía, y miraba, con la atención de un can preocupado, el buen color de la costurera que había traído la desolación á aquella casa.

«Señora—dijo Paz con un poco de cortesía,—le agradecemos á usted el aviso que nos ha dado, mostrando, como es natural, su celo é interés por la honra de nuestra casa. Cuando despidamos á esa muchacha, nos mudaremos de aquí. ¡Ay, y yo que le había tomado cariño á este santo retiro! Aquí vivíamos tranquilamente y en paz, no con la comodidad que en nuestra antigua casa; pero, en fin, tranquilas y... Señora, usted nos ha librado de la deshonra, porque ¿qué hubiera sido de nosotras, solas aquí y expuestas á las asechanzas alevosas de ese militar? ¡Oh! no lo quiero pensar.

—Es un militar joven, alto, buen mozo, y parece ser persona muy distinguida.

—¡Joven, buen mozo y de buen porte!—dijo Salomé disponiendo su cuerpo para el tercer paroxismo.

—¡Joven, buen mozo y de buen porte!—exclamó Paz en el colmo de la indignación.—¿Es esto creíble? ¡Qué circunstancias tan agravantes!

—¡No siga usted, por Dios!—dijo Salomé ya medio desmayada.

—No siga usted, que mi sobrina es muy impresionable y no puede oír ciertas cosas. Estamos acostumbradas...»

Doña Rosalía se levantó para marcharse, porque creía haber cumplido satisfactoriamente su misión. Entonces pasó una cosa singular: cuando la sastra se acercaba á la puerta, Batilo, el perro misántropo, que en aquella mansión había olvidado los hábitos propios de su raza, corrió tras ella, se agitó convulsivamente como quien hace un gran esfuerzo, y ladró, ladró como un mastín ante un salteador; persiguió á la mujer dando agudos aullidos, y hasta llegó á pillarle entre sus inofensivos dientes el traje y el mantón. Paz se alarmó y Salomé se tapó

los oídos, como si oyera el aullido de un chacal. Defendieron entre las dos á doña Rosalía de la agresión inesperada del animal; fuése la sastra, y las dos arpias se miraron cara á cara, comunicándose mutuamente su respectiva bilis.

Es indispensable apuntar que en su afán de llegar pronto á donde estaba Clara, se aturdieron, sin poder tomar la puerta, y al fin chocaron una con otra con gran confusión.

«Mujer, que me echas al suelo,—dijo una.

—Mujer, qué cosas tienes—gruñó la otra.»

Entraron en el cuarto donde estaba acostada la devota... Esta reposaba tranquilamente, pero no dormía; tenía clavados los ojos en el techo con muestras de meditación profunda. Sentada junto á la cama estaba Clara, que hacía de enfermera y acompañante de la santa. Cuando las dos Porreñas entraron, Clara les conoció en las caras que se preparaba una escena terrible. Asustóse mucho, y se acercó más al lecho, como buscando un refugio al lado de la sagrada persona de doña Paulita.

«¡Niña!—dijo Paz con la lengua turbada y muy alterado el rostro.—Ya sabemos todas las infamias de usted. Merece usted ir á la cárcel por comprometer la honra de una casa como ésta. Si no temiera rebajar mi dignidad...

—Señoras—murmuró Clara temblando.—¿Pues yo qué he hecho?

—¿Pues yo qué he hecho?—dijo, remedándola con gesto grotesco, Salomé.—Miren la hipócrita, ¡qué monstruo, Dios mío! Paula, no te asustes—añadió, acercándose á la cama;—no nos des un nuevo disgusto. Ya sabemos qué clase de persona hemos recibido en nuestra casa.

—Todo se ha descubierto, niña—continuó Paz.—Ya no nos engañará usted más con su cara de mosquita muerta. Pero ¡qué atrevimiento, qué iniquidad! Debiera usted morir de vergüenza.

—Señora, yo no sé de qué habla usted,—dijo Clara, perdiendo por completo la serenidad.

—¡Insolente! y aún se atreve á disimular, después de tanta desvergüenza. ¿Cree usted que está tratando con personas como usted? ¡Miren la necia! tan necia como perversa. Ahora mismo va usted á salir de esta casa.»

El primer sentimiento de Clara al oír esto, fué una repentina alegría. ¡Salir de allí! Ya había perdido esa esperanza. Pero la situación aquella no era para alegrarse. Pronto lo conoció, y esperó resignada el fin de su sentencencia.

«Dile, dile la causa,—indicó Salomé, afectando gran respeto al procedimiento.

—La causa bien la sabe ella—dijo Paz;—pero no puedo contener la colera. De veras digo que si no fuera porque soy persona... ¡qué horror! La causa es... no te asustes, Paula; la causa es que mientras nosotras salimos de casa á alguna visita, se entra aquí un hombre por los tejados; si: un militar, buen mozo, alto, persona... ¿cómo dijo? de buen porte... pero no te asustes, Paulita: esto hay que aceptarlo con resignación.»

Si no temiera asustar á su prima, que estaba enferma, á Salomé le hubiera dado un cuarto conato de vahído. Pero se contentó con mirar á la devota con ojos muy aterrados. La santa no hizo más que mirar á Clara con cierta perplejidad; y contra lo que sus parientes esperaban, no citó ningún texto latino, ni predicó ningún sermón sobre la inconveniencia é irreligiosidad de que entraran por los tejados los militares buenos mozos, altos y de buen porte. Clara, á pesar de su inocencia, se quedó aterrada como una culpable.

«¿Se atreve usted á negarlo?—dijo Paz, dando algunos pasos hacia ella con el resplandor de la ira en los ojos.

—Yo... no—dijo Clara, retrocediendo con espanto.—Si... si lo niego.—Después añadió, haciendo un esfuerzo por calmarse y calmar á su juez:—Oígame usted, señora: yo le contaré la verdad; le diré lo que ha sido. Yo soy inocente; yo no he permitido...

—¡Jesus, Jesús! Yo no sirvo para estas cosas—clamó Salomé volviendo el rostro.—No puedo, no puedo oír esto.

—¿Que usted no ha permitido...? ¿Todavía tiene atrevimiento para negarlo?

—Yo... yo no niego—contestó la huérfana muy conternada.—Pero yo, ¿qué culpa tengo de que ese hombre...?

—¿También le quiere usted disculpar á él? Esto nos faltaba que ver. No puede haber perdón para tanta alevosía. ¡Pagar de este modo el asilo que le hemos dado sin merecerlo! Pero bien dije yo que de usted no podíamos sacar cosa buena.

—Señoras—dijo Clara deshaciéndose en lágrimas,—yo les juro á ustedes por Dios y por todos los santos, que por mí no ha entrado ningún hombre; que yo no soy culpable de todo eso que ustedes dicen. Yo se lo juro por Dios y por la Virgen.

—¡Insolente! Aún se atreve á disculparse.

—En verdad, esto es más de lo que puede sufrir mi

débil constitución—dijo la otra arpa.—Paulita, no te asustes; procura tomar esto con indiferencia, que puedes agravarte.

—¡Dios mío! ¿Cómo lo he de decir?—exclamó Clara con la mayor amargura.—¿Qué haré, qué diré para que me crean? ¿A quién me volveré? Yo no quiero vivir así. No tengo padres, ni hermanos, ni amigos, ni nadie que me defienda y me proteja. Señora, yo se lo juro a usted. No me diga otra vez esas cosas que me ha dicho, porque yo no las merezco.

—Vamos, prepárese usted a marcharse al momento,—dijo Paz con crueldad espantosa.

—¡Marcharme! Sí, me marcharé. Yo no quiero molestarlas a ustedes; pero ¡ay! esas cosas que han dicho de mí... Yo no he deshonrado la casa, yo no he deshonrado a nadie. Pero yo soy muy desgraciada; soy huérfana, pobre y sola; y como no tengo a nadie que me proteja, por eso nadie me guarda consideración y todos me tratan con desprecio. Yo no merezco eso; yo no he hecho nada de eso que usted dice; yo soy inocente.

—No sé cómo me contengo—dijo Paz.—Ni un instante más. Se marcha usted de aquí, y vaya donde quiera. Yo sé que usted se alegra. Usted no desea otra cosa que andar sola por esas calles; usted ha nacido para la calle. Vamos, pronto. Y nada me importa que don Elías se oponga ó no. Lo aprobará. El sabe que interesarse por tan despreciable criatura es cosa inútil. Váyase usted pronto.

—Señora—dijo Clara, poniéndose de rodillas junto al lecho y estrechándole las manos a la devota.—Señora, usted me defenderá; usted que es tan buena, que es una santa; usted que ya me defendió otra vez. ¿No es verdad que usted sabe que yo soy inocente? Dígalo usted: me están calumniando. ¿Qué va a ser de mí si usted no me defiende?»

La devota no había hablado palabra; continuaba como distraída y ajena a todo aquello. Cuando sintió las manos de la que había sido, aunque por poco tiempo, su compañera y amiga, volvió hacia ella la cara cubierta de palidez, y expresando cierta atonía, la miró, y con voz tenue y como indiferente, dijo: «¿Yo?» Calló en seguida. Salomé separó a Clara con un ademán desdenoso del lecho de su prima, diciendo:

«Nuestra paciencia nos va a perder. Cuidado, Paz, que somos demasiado condescendientes. ¿Cómo es que está todavía aquí esta mujer?»

—Al momento a la calle. Vamos, pronto—dijo Paz.—

Recoja usted sus bártulos, y al momento. Haga usted un lío de su ropa.

—Señora, por Dios, no me eche usted así—dijo Clara, poniéndose de rodillas y cruzando las manos.—A estas horas... sola... yo no conozco a nadie... ¿Qué va a ser de mí? ¿A dónde voy? Espere usted, por la Virgen Santísima, a que venga don Elías, que, siendo huérfana, me recogió... El no me abandonará de este modo... Estoy segura.

—Nada, nada. ¿Aun espera usted engañarle otra vez? Salga usted al momento de nuestra casa.

—Pero, señoras—continuó Clara.—¿A dónde voy? Sola, de noche... yo tengo miedo... yo tengo mucho miedo... yo no conozco a nadie...

—¿Que no conoce a nadie? ¿Y tiene valor para decir...?—exclamó Salomé, apartando el rostro y persignándose con sus afilados dedos.—¿Pues y el caballero joven, alto, buen mozo?

—Señora, espere usted por Dios a que venga mi protector; yo se lo ruego por la gloria de su madre.»

La idea de que viniera Coletilla e impidiera la expulsión de la huérfana, puso a Salomé en grave peligro de que le diera el quinto ataque.

«¡Qué agonía!—dijo sentándose.—Francamente, nuestra excesiva benevolencia nos trae a estos extremos.

—No tarde usted un instante—dijo Paz, con la satisfacción de la venganza.—Márchese usted inmediatamente.»

La desventurada huérfana se dirigió otra vez, como última esperanza, a la santa, que reposaba en su lecho con la inmovilidad y la pesadez de la estatua yacente de un sepulcro. Clara tomó una de sus manos que colgaba fuera de las ropas y la besó con efusión, regándola con sus lágrimas; llanto de la inocencia provocado por la crueldad de aquellos verdugos.

«Señora, otra vez se lo pido—exclamó con voz apenas inteligible;—no me abandone usted, usted es una santa. No permita que me echen así... a estas horas... yo tengo miedo. No me abandone usted.»

La mujer mística retiró lentamente su mano y la escondió entre las sábanas. Volvió el rostro, miró a la víctima, y sin inmutarse, dijo con la misma voz helada: «¿Yo?»

«No se puede resistir tal insolencia,—afirmó Paz asiendo a Clara por un brazo y apartándola violentamente de la cama.

—Si usted no se marcha ahora mismo de aquí, llamo a un alguacil para que le haga entender sus deberes.»

Ya Salomé se había acercado a la cómoda donde Cla-

ra guardaba su escaso ajuar, y recogía todo formando un lío.

«No tengas cuidado, Paz—decía entre tanto:—yo estoy registrando su ropa, no sea que se lleve alguna cosa. No se lleva nada.

—;Señoras de mi alma!—dijo Clara en el colmo de la desesperación.—No me echen así; yo no he cometido falta ninguna; yo no he hecho lo que ustedes dicen; yo soy inocente. Que lo diga esa señora que es una santa y me conoce. Yo estoy segura de que lo dirá.»

La devota volvió á moverse, y con la voz que atribuyen á los espectros evocados, repitió otra vez: «¿Yo?»

«No me echen ustedes—continuó Clara sin saber ya á quién suplicar.—Yo no lo merezco. ¿A dónde puedo ir á estas horas sola? No conozco á nadie. Tengo miedo... me voy á perder.

—Vamos, aquí tiene usted su ropa,—dijo Salomé poniéndole el lío en la mano.

—No, no lo puedo creer. Ustedes no serán tan inhumanas. Esperarán á mañana; esperarán á que venga él.

—Ha dicho que no vendrá hasta dentro de tres días. ¿Cree usted que él no se ocupa de otra cosa que de proteger mozelas como usted?»

Diciendo esto, Paz tomaba por un brazo á Clara y la llevaba con grande esfuerzo hacia la puerta. La pobre huérfana tenía sin duda mucha fuerza de espíritu cuando no cayó allí mismo sin sentido; y sin duda era también harlo angelical y delicada, cuando no contestó con injurias á las injurias de la euménide aristocrática, baldón de los Porreños. Aún creía la infeliz que sus ruegos podían ablandar á aquellos dos energúmeos de corazón empedernido por el hastío, la insociabilidad y la amargura de una vida claustral. Aún les suplicó; otra vez se volvió á arrodillar delante de María de la Paz, y le tomó las manos, aquellas manos nacidas sin duda para un puñal. La vieja la retiró con violencia; su brazo se alzó; y á pesar de la dignidad que procuraba imprimir siempre á su carácter; á pesar de la nobleza de su raza, á que parecía deber igualarse la nobleza de sus sentimientos, maltrató á una huérfana infeliz á quien antes había calumniado. La vieja ridícula, presuntuosa, devota, expresión humana de la mayor necesidad que puede unirse al mayor orgullo, puso su mano en el rostro de la doncella abandonada y débil, que ofendía sin duda con su juventud y su sencillez el amor propio de aquellos demonios de impertinencia.

«¡Ay, ay, ay! Paz, por Dios, no te arriesgues—dijo Salomé chillando con horror, como si la inofensiva Clara tuviera un puñal en la mano.—Déjala, déjala.

—¡La mataría!—dijo Paz apretando los puños y ahogada por la cólera.»

Salomé puso sobre los hombros de Clara el mantón, que al entrar en la casa había traído. Después extendió sus brazos de esqueleto y la empujó hacia la puerta con tal violencia, que la desdichada huérfana estuvo á punto de caer al suelo. En tanto decía:

«No sirvo para estas cosas. Me descompongo. Váyase usted pronto, niña. No dé lugar á que la tratemos con rigor.»

Clara salió; fué arrojada por los brazos robustos de la vieja Paz, y por los brazos entecos y nerviosos de la vieja Salomé. Aun es probable que esta, al darle el último empuje, crispó sus dedos de gavilán, haciendo presa con sus uñas en un brazo de la víctima. La puerta se cerró con gran estrépito, y las voces destempladas de los dos demonios sonaron por mucho tiempo en el interior. La huérfana bajó con el corazón oprimido; no tenía fuerzas ni voz; casi no tenía conocimiento claro de su situación. Bajó y se encontró en la calle; sola en la calle, sola en el mundo, sin asilo, el cielo encima, desolación en derredor, ni un rostro conocido. ¿A dónde iba? En el portal sintió ruido y volvió la cara: era el perro melancólico que la seguía. El pobre animal había salido de la casa por primera vez, y parecía decidido á no volver á entrar, pues saltaba y chillaba con un gozo, una travesura y un aire de expansión desconocidos en él.

CAPÍTULO XXXVI

Aclaraciones.

Al oír Lázaro de boca de las dos espiagas la noticia de la expulsión de su antigua amiga, sintió deseos de coger por el moño á entrambas nobilísimas damas y darles allí el castigo de su crueldad. A pesar de su agravio, y de que no conocía las razones que habían tenido para echarla á la calle, un gran interés por aquella infeliz se despertó en

su corazón. Indudablemente, á él le tocaba ampararla en aquel trance, apartarla del vicio á que su soledad podía conducirla, socorrerla, en fin, porque habia sido su amiga, le habia amado, y en tales casos es de corazones generosos y buenos olvidar las injurias y pagarlas con nobles acciones. Viendo que no le daban razón de su paradero, bajó y salió dispuesto á buscarla. Pero ¿dónde, donde la iba á encontrar? Clara no conocia á nadie en Madrid. Si conocia á Bozmediano. Esta idea enfrió repentinamente la generosidad del joven. «Tal vez—pensaba,—se marchó, porque Bozmediano la indujo á ello; tal vez ya la tenía consigo.» Esto avivó los celos y el rencor del estudiante, que resolvió no descansar hasta descubrir el misterio de aquella salida y pedir cuentas á Claudio de su grande traición.

Con esta idea se dirigió á casa de éste, dispuesto á dar un escándalo en la casa si no le permitían verle. Lo probable, según él, era que Clara estuviera allí. Los celos le cegaban al pensar que aquella joven, que algunos meses antes se le habia aparecido con todo el encanto de la sencillez y de la gracia, de la virtud doliente y de la tranquilidad doméstica, habia cedido á las sugerencias de un libertino sin conciencia. Era preciso no dejar sin castigo aquella infamia. «Aún me interesa mucho—decía,—aún la quiero mucho para que perdone yo esta injuria, que me parece hecha á una persona mía; injuria que cae sobre mí, que iba á ser...»

Llegó á la casa de Bozmediano y esperó, paseando en la calle, á que avanzara el día. Cuando sintió las ocho, entró y preguntó al portero. Este, que ya le conocía de verle allí los días anteriores, no le puso tan mala cara como antes, porque recordó cierto diálogo que con su amo habia tenido á propósito de aquella visita. Le habia dicho que un joven vino á preguntar por él sesenta veces seguidas. Al amo picóle la curiosidad, y quiso saber las señas; dióselas el portero con mucha exactitud, y sospechando Bozmediano que podía ser Lázaro, advirtió al doméstico que si volvía estando él allí, le introdujera inmediatamente. Claudio sospechaba á qué podía venir el joven, y lejos de rehñir la visita, la deseaba:

Pero el portero, á pesar de lo terminante de la orden, creyó que era un desacato recibir á aquella hora á un joven que no era militar, ni venia en coche, ni traía botas á la *farolá*. Hizole esperar un buen rato, y por fin le introdujo, después de avisar para que despertaran al señorito. Este tardó un cuarto de hora en salir de su cuarto.

«Ya debe usted suponer á lo que vengo—dijo Lázaro sin saludarle.—usted me conoce, usted me dió la libertad. Yo creía que desde entonces podía haber entre nosotros la amistad que á mí me imponía la gratitud; pero usted no ha querido; usted ha seducido y deshonorado á una pobre muchacha, á quien considero yo como mi hermana. Si usted me sacó de la cárcel para hacer más grande la injuria que he recibido, hizo usted bien, por mi parte, porque estoy libre para pedirle cuenta de su acción, que es la acción más infame que puede cometer un hombre.

—Yo no cometo acciones infames. No le dejo pronunciar una palabra más sin que antes se apresure á desdecirse. Si, usted se desdirá. Todo eso es una calumnia. Yo no he seducido ni he deshonorado á joven alguna. Usted está ciego de furor y extraviado por la pasión. Le han engañado á usted, y solo por saber que está usted engañado, tolero las palabras que he oído. Pero me será muy fácil sacarle á usted de su error.

—Eso es lo que quiero—dijo Lázaro.—Si usted me convenciera de lo contrario... Pero no podrá usted convencerme. Yo le he visto á usted, le he visto salir como un ladrón de la casa en que Clara estaba recogida. Usted ha entrado allí por ella, ha entrado llamado tal vez por ella.

—¡Ob, no!—exclamó Claudio, interrumpiéndole.—Siéntese usted; hablemos con calma. No anticipe usted juicios temerarios. Yo los voy á desvanecer.

—Hable usted. No habrá palabras, no habrá nada que pueda desvanecer el juicio que se forma al ver á un hombre que penetra á burtadillas en la casa en que una joven está sola, y mucho más cuando estos juicios están formados después de antecedentes muy claros. Yo no he venido aquí á que usted me explique nada. No tengo duda, sino certidumbre, de la infamia que usted ha cometido. He venido tan solo á tener el placer de decirle á usted que es un mal caballero y un hombre corrompido; á sufrir las consecuencias de esta acusación, porque yo no temo á adversario ninguno, por temible y fuerte que sea, cuando me creo obligado á vengar un agravio.

—Pues yo, que jamás he tratado de evadirme de las consecuencias de un asunto semejante—dijo Bozmediano con mucha energía.—yo, que no me dejo castigar de nadie, ni he permitido que jamás hombre alguno pronuncie contra mí una voz injuriosa, una reticencia, una alusión cualquiera, voy ahora á explicarme con usted en esta cuestión, esperando que se convenza y retire todo eso que ha dicho usted al entrar aquí. Todo lo comprendo,

es natural: por lo mismo lo olvido hasta ver si, después de lo que yo digo, insiste usted en repetirlo.

—Hable usted; yo lo deseo.

—Yo no he visto á Clara más que tres veces—continuó Bozmediano.—Ella no sabe ni cómo me llamo, ni quién soy. Me ha visto poco, y le soy tan indiferente, que puedo asegurar que ocupó en su corazón el mismo lugar que una persona desconocida. Un día encontré á ese malhadado viejo fanático en la calle: le llevé á su casa, y vi á Clara por primera vez. Me habló; y con la sencillez propia de su carácter y la franqueza que da la necesidad de expansión y trato, me contó algunas cosas de aquella casa. No le negaré á usted que desde entonces me interesó muchísimo; que pensé en que nada podía satisfacerme tanto como sacarla de la prisión, darle alegría y librarla de la tutela de aquel hombre sombrío, capaz de poner triste á la misma felicidad.»

Bozmediano contó después la segunda entrevista con Clara, recordando hasta algunas palabras de sus diálogos con ella. El otro joven oía con mucha atención aquel relato, hecho con toda la veracidad posible.

«Yo seré franco, y no ocultaré á usted mis sentimientos, mis primeras intenciones—continuó,—para que pueda usted juzgarme mejor. Al principio vi en Clara el objeto de una aventura; y á pesar de que me inspiraba mucha lástima y un verdadero interés, no podía menos de proceder con cierta ligereza en la formación de mis planes. No lo negaré; yo no pretendo desfigurar los hechos; esta confesión es igual á la que haría un moribundo ante un sacerdote. Pero ó las circunstancias ó ella torcieron mi plan primitivo. Ella tiene un carácter angelical. Elena de bondad y sencillez, es capaz de vencer las sugerencias de todo hombre que no sea un vil ó un libertino. Le confieso á usted que, por último, fué tal la fuerza que en mí tomó el primer sentimiento afectuoso y compasivo que me había inspirado, que concluí por amarla. No puedo negar que, á pesar de haberme infundido este amor verdadero, yo persistía en mi propósito de sacarla de allí violentamente, de llevármela como una cosa mía. No consideraba esto como un agravio, y hubiera matado á cualquiera que, interpuesto entre ella y yo, me la hubiera quitado. Yo supe—no me lo dijo ella—que existía una persona á quien quería mucho. Esto me desconcertó. Supe que estaba usted en la cárcel, y no vacilé un momento. Comprendí que si ella le quería á usted verdaderamente, la mejor acción que en mí cabía era ponerle á

usted en libertad, devolversele. ¡Qué complicación! De este modo pensaba yo ganar en su concepto. No se asombre usted: yo me he creído siempre práctico en estas cuestiones; y dado el carácter de Clara, es seguro que más le amaría á usted cuanto más durara su prisión. Pero yo no contaba con otros muchos tesoros de bondad de aquel carácter. Usted vivía con ella, y la vigilancia, la crueldad de tres señoras ridículas y de un viejo extravagante impedían que la viera, que la socorriera, librándola de tantos martirios. Usted vivía allí, y no le hablaba, no le consolaba, no aparentaba quererla. «He aquí mi ocasión—dije yo.—Lázaro aparece á sus ojos como un ingrato: ¿no será posible que ella le desprecie? Su situación en aquella casa funebre, la tristeza en que vive y se consume, ¿no serán causa de que desee libertad, vida, afectos, todo lo que allí no tiene, ni puede, ni sabe darle ese joven indiferente, ocupado por la pasión política?» Confiese usted que la situación era la más á propósito para que yo aspirara á merecer de ella algo más que gratitud. Resolví sacarla de allí, llevármela. Fui tan ciego, que no preví su resistencia, su fidelidad, su grande afecto al primer amigo; afecto más fuerte que todos los martirios y todas las privaciones. Dispuse entrar en la casa cuando estuviera sola, y entré por donde usted sabe. Ella, al verme, se asustó tanto, que casi me arrepenti de haber dado aquel paso. Me suplicó que saliera, me lo pidió de rodillas; yo le dije que no esperara nada, que usted no podría ni sabría salvarla del poder de aquella gente cruel. Nada, no me oyó. Su propósito era inquebrantable. Conoció que su fidelidad era la más grande de sus virtudes; y creyendo que era imposible arrancarle la primera imagen, la imagen que nada puede borrar, desistí de mi intento. Ella no quería escucharme; se desesperaba al comprender cuánto podía comprometerla mi entrada en la casa; me pedía llorando que la dejara entregada á su tristeza, á su soledad. Confieso que nunca me he visto tan pequeño como entonces, en presencia de aquella figura débil, incorruptible, no sólo á las promesas del amor de un joven, sino aun al soborno de la libertad, de la posición, de la felicidad. Al marcharme, sentí que alguien entraba en la casa. No sé quién era; yo huí por no comprometerla; huí aterrado por la idea de que, á pesar de mis precauciones, alguien de la casa había descubierto mi entrada.

—Era yo—dijo Lázaro:—yo le vi salir á usted por la buhardilla.

—Lo que he referido á usted —afirmó Bozmediano solemnemente,—es la pura verdad. No he omitido nada que me pudiera honrar, ni nada tampoco que me pudiera deprimir ó ponerme en ridículo. Es la pura verdad; se lo juro á usted por la salvación de mi madre, cuyo retrato está allí, y siempre me parece que me está mirando.»

Claudio señaló un retrato que había en la habitación; y al hacer su juramento, tenían sus palabras tal entonación de sinceridad, que Lázaro no pudo contestar lo que un momento antes pensaba.

«Sin embargo—dijo Lázaro, que creía que aquella declaración no podía satisfacerle,—yo quiero que usted me dé alguna prueba positiva. Usted comprenderá que en estos asuntos no basta, no puede bastar la palabra.

—¿Que no puede bastar la palabra? No basta, es cierto, para espíritus preocupados. Hay ciertas cosas que no se pueden certificar de otro modo. A veces la afirmación de una persona es suficiente para llevar al ánimo de otra la convicción más profunda. No puedo creer que usted, si hace á Clara la acusación que á mí me ha hecho; si ella, con la serenidad de la inocencia, le contesta á usted la verdad, no puedo figurarme de ningún modo que usted no la crea. Háblele usted; rompa el silencio de aquella casa; véala usted un momento; oiga su voz, y si ante las declaraciones que ella le haga persiste usted en creerla culpable, no es digno, lo digo cien veces, no es digno de mirarla.»

Lázaro no pudo resistir á la gran fuerza de estas palabras. Era imposible, según él pensó, que la ficción y la astucia de un hombre pudieran llegar á ocultar la verdad de aquel modo. Bozmediano no mentía.

«¡Oh, calle usted!—dijo Lázaro sin poderse contener:—ó es usted el histrión más perfecto, ó dice la verdad. Yo, que jamás he mentado, que no sé ni puedo fingir, siento una fuerte inclinación á creer lo que usted me ha dicho. Pero tiene el corazón unas susceptibilidades y escrúpulos de que la razón y la palabra no pueden librarle.

—Veamos á Clara,—dijo Claudio con resolución.

—¿Dónde?

—En casa de esos demonios. Si es posible, acogotaremos á las tres viejas.

—Clara no está allí ya. La han despedido.

—¿Y por qué? ¿Dónde está?

—No lo sé,—dijo Lázaro tristemente.

—Pero ¿á dónde ha ido?

—Esa es mi duda, mi angustia. ¿A dónde puede haber

ido? No conoce á nadie. Encontrándose sola en la calle, ¿dónde estará? Yo creí... francamente, creí que estuviera aquí.

—¡Aquil!

—Yo pensé que usted la había inducido á salir; que había venido en busca de usted, á quien conocía.

—¿Y aun cree usted que está aquí?—preguntó Bozmediano sonriendo.

—Ahora... no afirmo nada... dudo.

—Y si le pruebo á usted que no está aquí ni ha venido, ¿qué creará usted?

—Aun así no será posible atrancar la última raíz de mi recelo; aun no lograré la evidencia que necesito; evidencia que nada ni nadie me podrá dar.

—La adquirirá usted por su propio sentimiento. Hay cosas que se creen por revelación, que nada ni nadie puede destruir. Hay cosas de que no se puede dudar, porque su evidencia está encarnada en nuestro ser, y dudar de ellas es algo semejante á la muerte. Vamos á buscarla.

—¿Dónde?

—Vamos á buscarla. Por lo mismo que no conoce á nadie, es más fácil encontrarla. Estoy seguro de que la encontraremos.

—Recorreremos todas las calles, preguntaremos á la policía, nos informaremos de todo el mundo,—dijo Lázaro.

—Sí, sí; haremos todo eso.

—Iremos á los hospitales, á los asilos; entraremos, si es preciso, en todas las casas.

—Sí.

—Iremos á la antigua casa; preguntaremos á la portera, á los vecinos, al tendero más próximo.

—Eso es. Diga usted, ¿no había en aquella casa una criada?

—Sí, había una. No sé su nombre.

—¿Dónde estará? Si la encontramos, tal vez nos dé alguna luz. Puede ser que se haya dirigido á ella. Recuerdo que esa criada me dijo que iba á casarse con un tabernero, y que tendría una tienda. Si esa mujer tiene casa abierta y Clara sabía dónde está esa casa, es seguro, casi seguro que habrá ido allá.

—Efectivamente—dijo Lázaro.—Vamos á ver si averiguamos dónde está esa mujer.»

Salieron y se encaminaron á la calle de Válgame Dios. Preguntaron á la portera de la antigua casa si se había

alquilado de nuevo el cuarto segundo. Dijo la portera que no. Preguntáronle el nombre de la criada y si sabía su paradero.

«Se llama Pascuala—contestó:—está casada con un tabernero llamado Pascual; pero no sé dónde viven. El tabernero de la calle del Barquillo debe saberlo, porque es compadre suyo.»

Este hombre les dijo que los Pascuales vivían en la calle del Humilladero, y los dos jóvenes se dirigieron inmediatamente allá.

CAPÍTULO XXXVII

El «via-crucis» de Clara.

Mucho horror inspiraba á la huérfana la casa de las de Porreño, aunque no tenía otra. Así es que su primer impulso al verse en la calle fué huir, correr sin saber á dónde iba, para no ver más tan odiosos sitios. Anduvo corto trecho, dobló la esquina y se paró. Entonces comprendió mejor que antes lo terrible de su situación. Al ver que no podía dirigirse á ninguna parte, porque á nadie conocía, le ocurrió esperar cerca de la casa á que entraran Elías ó su sobrino. Pero el primero había dicho que no volvería hasta dentro de tres días, y el segundo, que sospechaba tan mal de ella, sería capaz de confirmarse en su creencia al verla arrojada de la casa por las señoras. Ella necesitaba, sin embargo, ver á Lázaro y contarle todo. Si él daba crédito á su explicación, ¿qué harían los dos, tan desamparado el uno como el otro? Decidió, sin embargo, esperarle allí, apoyada en la esquina; pero le daba tanto miedo... Parecía que iba á salir por la reja cercana una gran mano negra, que la cogería llevándosela dentro: ¡qué horror! De repente sintió al extremo de la calle fuerte ruido de voces. Eran unos hombres que venían borrachos profiriendo horribles juramentos, atropellando y riendo desenfrenadamente como una turba de demonios regocijados. La joven sintió tal sobresalto, que no pudo permanecer allí un instante más y echó á correr con mucha ligereza. Los hombres corrían también, y ella se figuraba que le tocaban la espalda, y creía

sentir junto á sus propios oídos las infernales palabras de ellos. Corrió mucho por toda la calle del Barquillo, seguida del perro misántropo; y al fin, fatigada y sin aliento, se detuvo: las risas resonaban muy lejos... ya no la seguían... respiró porque no podía dar un paso. Después siguió andando lentamente; no se atrevía á volver, porque las risas habían cesado y se oían terribles imprecaciones. Algunas piedras, lanzadas por mano vigorosa, cayeron junto á ella. Batilo se volvió lleno de despecho y ladró como nunca había ladrado, con verdadera elocuencia canina.

Después de esto, avivó Clara el paso y llegó á la calle de Alcalá. Miró á derecha é izquierda, sin saber qué camino tomar. Subió hacia la Puerta del Sol; pero no había llegado á San José cuando vió que por la calle abajo venía gente, muchísima gente: ella no había visto nunca tanta gente reunida. La calle le parecía tan grande, que no conocía distancia alguna á que referirla, pues para ella las casas hacían horizonte, y aquella gente que venía se le representaba como un mar agitado sordamente, y avanzando, avanzando como si quisiera tragarla. Sin deliberar volvió atrás y bajó hacia el Prado. El gentío bajaba también: sordó rumor resonaba en la calle. La muchedumbre traía algunas luces, y de cuando en cuando una voz pronunciaba muy alto un *viva*, contestándole otra tremenda y múltiple voz. La gente bajaba, y Clara bajaba delante. Aquello le dió más miedo que los borrachos; pero cuando se encará con la Cibebes, cuando vió aquella gran figura blanca en un carro tirado por dos monstruos blancos, se detuvo aterrada. Había visto alguna vez la Cibebes; pero la obscuridad de la noche, la soledad y el estado de excitación y dolencia en que se encontraba su espíritu, hacían que todos los objetos fueran para ella objetos de temor, todos con extrañas y fantásticas formas. Los leones de mármol le parecía que iban corriendo con velocísima carrera, galopando sin moverse de allí. La pobre miró atrás, y vió que la gente avanzaba siempre, haciendo más ruido: no quiso ver más aquello, y tomando hacia la derecha, entró en el Prado. Este sitio le pareció tan grande, que creía no llegar nunca al fin. Jamás había visto una llanura igual, campo de tristeza, de ilimitada extensión; los árboles de derecha é izquierda se le antojaban fantasmas negros que estaban allí con los brazos abiertos; brazos enormes con manos horribles de largos y retorcidos dedos. Anduvo mucho, hasta que al fin vió delante de sí una cosa blanca, una como